

DOCUMENTO 4

Romances históricos mexicanos

Romances históricos mexicanos se publicó en 1873. De ella se presenta a continuación el romance titulado “El último azteca”. Es una obra que narra la conquista de Tenochtitlan y el tormento de Cuauhtémoc a manos de los españoles. Opina Gutiérrez Nájera que los *Romances...* no logran mantener la calidad de otros escritos de Peón Contreras, mas su lectura es importante.

Selección de Romances históricos mexicanos

EL ULTIMO AZTECA

*A la memoria de mi padre el
Sr. Lic. D. Juan Peon y Cano*

ROMANCE I

EL SITIO

Hernando Cortés al frente
De los españoles tercios,
diesmados por Cuitlahuazin
En una noche de duelo,
Y con las huestes marciales
De aquel tlaxcalteca ejército,
Tan implacable en sus odios
Y al Anahuac tan funesto,
A Tenochtitlan con grandes
Y poderosos aprestos,
Al anochecer de un día
Le pone el último cerco.
Suenan el tambor del Teocalli
En tan solemnes momentos,
Y su sonido los montes
Repercuten á lo lejos:
"Guerra," difunden los aires,
"Guerra," repiten los ecos,
Y quedan las sementeras
Y los hogares desiertos.
Todos á las armas corren
Ebrios, y de odio sedientos,
Y donde no alzan trincheras

Llenan de fosos el suelo.
El bronce truena, conmueve
Los muros en sus cimientos,
Y á su fulgor los aceros
Brillan entre el humo denso;
Se oyen gritos de agonía,
Crece el horror del estruendo
Y flechas, dardos y piedras
El curso atajan del viento.
¡Gloriosos días de luto!
¡Gloriosos días aquellos
En que el altar de la patria
Bañan en sangre los pueblos!
La gran ciudad no se rinde
Al conquistador ibero.
Ni de los traidores teme
Al número ni al esfuerzo;
Pues Cuauhtemotzin la guarda
En instantes tan supremos,
Y jura á los mexicanos
Lidiar y morir con ellos!
Avanzan lentos los días
Y lento avanza el asedio.
Tras espantosos combates
Y formidables encuentros.
El astro azteca se eclipsa
Envuelto en fúnebres velos
Y cunde entre los sitiados
La angustia, no el desaliento.
La tierra se ha convertido
En un panteón inmenso.
Y nadan en la laguna
Los cadáveres sangrientos.
Se oye de hambrientas mujeres
El moribundo lamento,
Y devorando sus hijos
Piden la muerte á los cielos.
Los ancianos sacerdotes
Y los valientes guerreros
Cruzan las calles inmundas,
Sombríos y macilentos.

Y tan espantoso cuadro
Tal parece del infierno,
A los resplandores fúnebres
De las llamas del incendio.

Se difunde hasta los campos
La fetidez de los muertos,
Que insepultos en las calles
Son de la lid pavimento.

Cortés, tan grande heroísmo
Y tanto infortunio viendo,
Manda al rey una embajada
Con dos nobles prisioneros.

Pídele cese el estrago,
Y por decorosos medios,
Rinda las armas, y entregue
La capital de su reino.

Cuauhtemotzin, indignado,
De honor y constancia ejemplo
Rechaza ofertas que juzga,
Por deshonrosos convenios;

Y las citas y embajadas,
Y los constantes empeños
Del conquistador, recibe
Siempre digno, siempre fiero.

Con el Cihuacoatl le envía
A decir que está resuelto
A sucumbir en la lucha
Sin acceder á sus ruegos;

Que á conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce,
Por él sucumbe sin miedo.

Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra la lid el primero.

ROMANCE II

LA PRISIÓN

Defiende el azteca rudo
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares.
Y defiende más que todo vale,
Porque más que todo vale,
De su nación infelice
Las angustas libertades.

Cuauhtemotzin valeroso
Resiste en plazas y calles,
De su terrible enemigo
Al escuadrón formidable;
Y resiste á sus empujes,
Bien, como suele en los mares
Acorazado madero
De las olas el embate.

No abandona sus trincheras
Más que cuando al suelo caen,
Ni desampara sus fosos
Sino henchidos de cadáveres.

Empero, desesperado,
Mira que la muerte abate,
Como en los campos la chíá
Siega la hoz incansable,

A la flor de sus guerreros,
Murallas de su estandarte,
Y á los nobles que pelean
En torno suyo leales.

Comprende al cabo el monarca,
Al comenzar una tarde,
De angustia lleno por dentro,
Por fuera de lodo y sangre,
Que sus abatidas tropas,
Escasas y miserables,
Si combatiendo no mueren,
Víctimas serán del hambre.

Con Tecuichpotzin su esposa,
Que es de sus cuitas el ángel,
Se acoge á débil piragua,
Presa el alma de coraje,
Y al puerto de Tlatelolco
Vuela, sin imaginarse
Que en él Sandoval lo espera
Para impedir que se salve.

Cruzando van por el lago,
Como bandadas de aves
En rápidos barquichuelos
De todas formas y clases,
Mujeres, niños, ancianos
Y vencidos militares,
Que huyen de la soldadesca
Del incendio y del pillaje.
Sandoval con otros muchachos,
Corona por todas partes
El exiguo embarcadero
De Tlatelolco, y que pasen.
Impide á los fugitivos
Que en tan apurado trance,
Al remo, tan sólo, fian
Sus vidas y sus caudales.

Cuauhtemotzin llega al puerto,
Mas no sin que lo rechacen.
Y allí de nuevo la lucha,
Se traba en solemne instante.
Mas quiso su buena estrella
Que, entre otras muchas burlase
Su piragua la custodia
De los rudos capitanes.
Y veloz como las garzas,
Hiende los rojos cristales
De la laguna, ya libre
De su enemigo juzgándose.
Pero García de Holguín.
Que en las insignias reales
De su embarcación alzándose,
Con su escuadra le da alcance

Entonces el rey, del fondo
De su embarcación alzándose,
Dirige impotente al cielo
Una mirada salvaje;

De su pecho en lo profundo,
Por que á su rostro no salte,
Guarda su dolor que apenas
Dentro de su pecho cabe.

Sus flechas arroja al viento,
Su lanza pedazos hace,
Y echando al agua los remos,
Le dice á Holguín con voz grave:

"Soy tu prisionero; sólo
Pido que á la reina trates
Cual corresponde á su sexo,
Su condición y su clase."

Y pasando con su esposa
A la castellana nave,
Se vió una sombra de muerte
Cubrir su augusto semblante.

ROMANCE III

LA ENTREVISTA

Algunas horas más tarde,
En una grande azotea
Tapizada con alfombras
De España y finas esteras,
En medio á la cual no ha mucho
Que está servida una mesa
Con exquisitos manjares
Y ricas frutas cubierta,
A su ilustre prisionero
Hernando Cortés espera,
De gozo intenso abrumado
Y de curiosa impaciencia.
Al fin aparece el héroe,
Y con lento paso llega

A su vencedor, que grave
Le saluda y se le acerca.

“Malintzin, cuanto he podido,
Exclama el monarca azteca,
Hice por mi augusto trono,
Y de mi pueblo en defensa;

Mas su alto favor los dioses
Me negaron y aun me niegan
Ya estoy en tus manos, puedes
Hacer de mí lo que quieras.”

Y de Cortés en el cinto
Viendo un puñal, “ó con esa
Arma quítame la vida,
Que es para mi tan molesta,”

Añade, y retrocediendo
Algunos pasos, espera
Con majestad soberana,
Del vencedor la respuesta.

Entonces el castellano
Le dice afable: “No temas,
Que quien con honor se porta,
Es justo que honores tenga.

Como un valiente has luchado,
El valor siempre se premia,
Y de nosotros no esperes
Ni vituperios ni ofensas.”

Luego del rey se despide,
Que lo traten bien, ordena,
Le repite sus palabras,
Sus promesas le renueva.

Y... vanas fueron por cierto
Tan seductoras promesas:
¡Ojalá que las callara!
¡Ojalá no las hiciera!

ROMANCE IV

EL TORMENTO

¡No hay botín! la soldadesca
Con la victoria, no obtiene
El tan anhelado fruto
Después de tantos reveses.

Entre escombros y ceniza
Tenuchtitlan desaparece,
Y su asombrosa opulencia
En el misterio se envuelve.

Los vencedores altivos
El tiempo en buscarla pierden,
Y en insaciable codicia
Escudriñan cuanto pueden.

¿En dónde están las riquezas
Que sorprender tantas veces
Soñaron en los palacios
De aquel fabuloso Oriente?

Murmuran los españoles.
Y murmuran de su jefe
Que á Cuauhtemotzin no obliga
A que declare ó revele

En dónde guarda la tierra
Donde sepultados tiene
Los prodigiosos tesoros
Que apilaron tantos reyes.

Cortés las quejas escucha
De sus tropas, mas previene
Que no se ultraje al monarca,
Y se le estime y respete;

Hasta que á su oído llegan
Viles rumores que ofenden
A su honor, y su decoro
En lo más sensible hieren.

Entonces, y en mala hora
Para ese honor que pretende,
Guardar limpio, á las hablillas
De la muchedumbre cede;

Y entregar al rey dispone
A la caterva insolente,
Sedienta de oro, y hechura
Del tesorero Alderete,

Sér que de avaros instinto
Más que ninguno, sostiene
La depravada avaricia
De aquélla hidrópica gente,
Que del monarca ya dueña,
Para que al mundo confiese
Dónde sus tesoros guarda,
Darle tortura resuelve.

Ya las gasas nocturnales
Sobre los mundos se tienden,
A la postrer llamarada
Del incendio de Occidente.

El arcángel de la noche
Los célicos cirios prende,
Las flores abren su cáliz,
Las auras en ellos duermen.

Su viaje postrer las aves
De las montañas emprenden,
Llevando su óbolo último,
Al débil nido que tejen.

Mansa la niebla y tranquila
Sobre los llanos descende,
Y plegan las mariposas
Lánguidas las alas leves.

Todo convida al reposo
En aquella hora solemne,
Todo es tierno, todo es dulce,
Todo es tristemente alegre.

Empero, en esos instantes
De misterioso deleite,
Entre las sombras un crimen
Se prepara lentamente.

En una estancia pequeña,
A la luz mísera y tenue
De un viejo candil mohoso,
Que de un bajo techo pende;

Con el fúnebre aparato
Que él caso horrible requiere,
Se ha preparado el tormento
Que el noble rey sufrir debe.

Ante una mesa cubierta
De un encarnado tapete,
Con duro ademán siniestro
Están sentados tres jueces;
Enhiesto y enmascarado
Se mira de ellos enfrente,
Un verdugo, aunque verdugos
Eran todos los presentes,

Y al través de las rendijas
De una estera que mantiene
La puerta oculta, y á un patio
Da según lo que parece,

Pues de vez en cuando el aire
A bocanadas la mueve,
De una hoguera gigantesca
Se mira el fulgor perenne,
Y de espadas y rodela,
Cascos, corazas, broqueles
Y lanzas, se ven por último,
Tapizadas las paredes.

Dos enlutados sayones
Conducen al rey en breve,
Al cual sigue un tlaxcalteca
Que ha de servirles de intérprete.

A interrogarle comienzan
Y sorprenderlo pretenden,
Y de cuanto le pregunten
Le intiman que nada niegue.

Pero el famoso caudillo,
Que no temió ni á la muerte,
En el silencio se obstina,
Como si de mármol fuese,

Y rabiosas y cansadas
Aquellas furias crüeles,
De la enérgica entereza
De su víctima inocente,

Se apoderan de ella al punto,
Con vil alma y faz alegre;
Entrambas manos le fijan
A la espalda fuertemente;
Y sujetándole á un potro
Con vigorosos cordeles,
Los desnudos pies le bañan
Con resina y con aceite;
Y bajo de ellos, muy cerca,
Un vivo fuego sostiene,
Para que en duro martirio
Se calcinen lentamente.

El cacique de Tlacopan,
A quien le cabe igual suerte,
Se torna á su rey, y en ayes
Su dolor le hace presente.

Cuauhtemotzin, indignado,
Que quien su deber conoce,
Hacia él, y con duras frases,
Indignado, lo reprende:

“¿Piensas que estoy en un baño
O entregado á algún deleite?”
Le dice, y su labio frío
Como en antes enmudece.

¡Ni una queja, ni un sollozo
De aquel pecho se desprende,
Ni un músculo se contrae
En aquel rostro de nieve!

Llega á Cortés la noticia
De la obstinación del héroe,
Su valor extraordinario
Estima en lo que merece;

Y reflexionando, acaso,
En lo que al honor se debe,
Con órdenes terminantes
Manda que el tormento cese.

El poderoso mandato
Los tiranos obedecen,
Mal de su grado; y al punto
La tortura se suspende.

ROMANCE V

EL SUPPLICIO

Marcha Cortés para Honduras,
Donde Olid se le revela,
Y conduce con sus tropas
Grandes pertrechos de guerra.

Lleva con él una parte
De la legión Tlaxcalteca
Y á Cuauhtemotzin con otros
También prisioneros, lleva.

Pues dejándole en Anáhuac,
Deja su victoria expuesta
Al prestigio que el monarca
Aún en su Impero conserva.

Al declinar una tarde,
Diáfana, pura y serena,
El desdichado cautivo
De Tenuchtitlán se aleja.

Al llegar á sus confines
Torna la vista hacia ella.
Y se detiene un instante
De honda congoja suprema.

Acaso un presentimiento
En su corazón se alberga,
Que al mirarla, se figura
Que no ha de volver á verla.

El porvenir por delante
Le ofrece brumas y nieblas,
Y detrás un mundo entero
De dulces recuerdos deja.

Tiende la vista del lago
Por las tranquilas riberas,
Y por las calles tortuosas
Su pensamiento vaguea.

Y se agolpan á su mente,
Abrumada de tristeza,
Todas las dichas de su alma,
De su alma todas las penas.

Las que anidaba su pecho
Esperanzas lisonjeras,
Huyen, como huyen del nido
Las golondrinas inquietas.
¡Pero ellas acaso un día
Han de retornar contentas!
Mas sus esperanzas, nunca!
¡Ay, qué triste es el perderlas!
¡Con qué amargura tan honda
Mira su ciudad ya muerta,
Y tras el prisma del llanto
Su desolación contempla!
Allí gozó en otro tiempo
De las caricias paternas,
Allá fué actor y testigo
En las nacionales fiestas,
Allí perdió en un segundo
Sus ilusiones postreras,
Allá vertieron su sangre,
Allí derramó la ajena
Más allá vió su corona
Hecha pedazos en tierra...
Y allí no ha de volver nunca...
¡Nunca! para recogerla.
Todo eso en un breve punto
A sus ojos se presenta,
Y nublados por las lágrimas
Los baja al suelo, los cierra,
Como si dentro de su alma,
Viéndolo todo siguiera;
Y de aquel sitio arrancándose,
Prosigue su marcha lenta.

A la provincia de Aculam,
Después de jornadas luengas,
De miserias y trabajos,
Cortés y los suyos llegan.
En este lugar le anuncian
Que formidable y secreta
Conjuración, ya sus redes
Extiende entre los aztecas.

Que es Cuauhtemotzin el jefe
Torpe lengua le revela,
Y que ha de estallar bien pronto,
Si pronto no lo remedia.
Temeroso el castellano,
Da la noticia por cierta;
Al regio cautivo juzga,
Y á la muerte lo condena.

Húmeda está la mañana,
Pálida amanece, y niega
El sol y sus rayos de oro
Y su esplendor á la estera.
Dispersas al pie de un monte
Se ven las humildes tiendas
De un campamento, y á trechos
Aún las fogatas humean.

Sobre la tienda más alta
El pendón de España ondea,
Señor de cielos tan puros
Y de tan vírgenes selvas;
Pendón que del mundo todo
Soberbio se enseñoa,
Lástima es que sus colores
Un instante se obscurezcan.

Lástima es que en mala hora
Con sangre entinten su tela,
Sangre de un rey inocente
Que sube á la horca á perderla.

A la orilla de un camino,
Que no lejos atraviesa,
Majestuosa y elevada
Sus ramas tiende una ceiba;
Y de una de ellas robusta,
Está pendiente una cuerda,
En cuyo extremo flotante
Una lazada está hecha.

Más de doscientos guerreros
El árbol triste rodean,
Y ellos y el suplicio infame
A Cuauhtemotzin esperan.

Al fin, aparece el reo,
Y su noble faz risueña,
Indica que el miedo nunca
Morada en su seno encuentra.

Y mirando allí á Cortés,
Que á duras penas sujeta
El inestimable brío
De una yegua cordobesa,

A él se dirige, y con calma
Sus promesas le recuerda,
Y de tan grande injusticia
Amargamente se queja.

Se queja, mas no le pide
Perdón, que pedirlo fuera
Indigno de quien ha dado
De su altivez tantas muestras.

“De lo que hoy haces conmigo
Por una infame sospecha,
Piensa, le dice, que al cielo
Has de dar estrecha cuenta.”

Y continuando su marcha
Al árbol siniestro llega,
Y es fama que un franciscano
Hasta aquel sitio lo deja.

Absortos los circunstantes,
La vista clavan en tierra;
Se oye un pregón; el verdugo
Del monarca se apodera;

Pavoroso es el silencio,
Todos callan, todos tiemblan,
Palidecen los semblantes
Y se cumple la sentencia.